

Resolución sobre la lucha de clases y la guerra en Extremo Oriente

**Conferencia fundacional de la IV Internacional
3 septiembre de 1938**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “Résolution sur la lutte des classes et la guerre en Extrême-Orient”, en Rodolphe Prager, compilador, *Les congrès de la IV^e Internationale (manifestes, thèses, résolutions). 1. Naissance de la IV^e Internationale (1930-1940)*, Éditions La Brèche, París, 1978, páginas 254-277, también para la nota)

La evolución del Japón capitalista	1
La crisis del desarrollo capitalista en China	3
Las clases en la revolución china.....	5
Los sóviets chinos de 1930 a 1937	8
La guerra de conquista japonesa y los imperialismos.....	9
El papel de la URSS.....	12
La defensa de China contra Japón	13
Por la revolución japonesa	14

El conflicto en el Extremo Oriente entre China y Japón deja al desnudo algunos de los principales síntomas de la crisis del capitalismo mundial, alcanzado su estadio final, es decir su grado imperialista más desarrollado. Nos abre perspectivas de gran apogeo revolucionario en un punto decisivo del globo. Japón, el eslabón más débil de la cadena del imperialismo mundial, trata de superar su estado de decadencia mediante una guerra colonial. Invadiendo China, los imperialistas japoneses han provocado una campaña defensiva, que, a pesar de su debilidad y de la insuficiencia que le confiere la dirección del Kuomintang, toma el carácter de una guerra de liberación nacional. Al mismo tiempo, Japón, prosiguiendo su guerra de pillaje, ha acentuado los antagonismos interimperialistas que empujan a la humanidad hacia una nueva guerra mundial.

La evolución del Japón capitalista

Japón, que ascendió tardíamente al rango de potencia imperialista hacia fines del siglo XIX, se encuentra con un mundo repartido ya en lo esencial entre las potencias capitalistas. Los imperialistas japoneses se vieron obligados a apoyarse en una base económica extremadamente débil para la realización de sus planes. La falta de materias primas esenciales tales como el carbón y el hierro, el cuero, el petróleo y el algodón, les

obligó a buscarlas más allá de sus fronteras. La adquisición de esas materias primas era la condición no solamente para la expansión japonesa sino, también, para su supervivencia en la competencia capitalista. Con la guerra chino-japonesa de 1894-1895 (en la que Japón venció a China y se adueñó de Corea y Formosa) comenzó la carrera del imperialismo japonés. Diez años más tarde, Japón vencía a la Rusia zarista y se apoderaba de la zona de influencia de esta última en el sur de Manchuria. Durante la guerra mundial de 1914-1918, Japón invadió la provincia china de Shan Tung, y le presentó a China las famosas “21 condiciones”, que prácticamente colocaban a todo el país bajo control japonés¹.

Tras la guerra, la industria japonesa recibió un pujante impulso de la demanda continuamente en ascenso de productos de todo tipo. El crecimiento de las fuerzas productivas durante ese período intensificó todas las contradicciones de la economía nacional. En el Tratado de Versalles, Japón, en tanto que socio reciente de las potencias aliadas, recibió solamente una miserable parte del botín de guerra. Después de haber cedido a Japón algunas islas del Pacífico (anteriormente bajo dominación alemana), en la Conferencia de Washington de 1922, los Aliados imperialistas lo obligaron a evacuar la provincia de Shan Tung. Igualmente, también lo obligaron a retirar sus tropas de las provincias marítimas de Siberia, donde habían formado parte de los ejércitos de intervención dirigidos contra el primer estado obrero engendrado por la revolución de octubre en Rusia.

Estos hechos coincidieron con los derechos de aduanas y de contingentación (medidas de extremo proteccionismo propuestas para superar la crisis económica de posguerra en occidente) que descargaron sobre Japón un doble golpe en el frente económico. El proteccionismo no solamente disminuyó el comercio japonés, sino que estranguló sus importaciones en materias primas, al estar estas últimas financiadas por el comercio de exportación.

Los golpes recibidos por el comercio japonés tuvieron como consecuencia el drenaje de las reservas de oro del país. Una aguda crisis monetaria (que reflejaba la completa inseguridad de la estructura económica japonesa) se agravó además más tarde a consecuencia del desastroso temblor de tierra de 1923. El capitalismo japonés estaba condenado a ahogarse dentro de sus propias fronteras naturales, a menos que fuera capaz de encontrar una salida gracias a conquistas coloniales.

El crecimiento de las fuerzas productivas de Japón, y el desarrollo de las relaciones económicas capitalistas, no tuvieron como resultado, como en los países capitalistas de occidente, la correspondiente aparición de una superestructura social y política. La transición de la sociedad feudal a la sociedad capitalista se realizó sin revolución, y la burguesía no se vio apremiada por la necesidad de arrasar las viejas instituciones sociales y reemplazarlas por nuevas. Salida de las filas de la nobleza y de la casta militar de los samuráis, la burguesía adaptó las viejas instituciones, con algunas modificaciones, a las exigencias del nuevo sistema de explotación capitalista. Así, las antiguas instituciones feudales, que comprendían una monarquía “divina”, una casta militar semiindependiente, tipos semif feudales de explotación, coexisten con un parlamento “democrático” y trusts financieros e industriales todopoderosos.

De la presencia de estas supervivencias feudales, por muy todopoderosas que parezcan, sería falso, sin embargo, deducir que la próxima etapa del desarrollo social de Japón deba ser una revolución democrática. Este es el razonamiento superficial y oportunista de los estalinistas. Las relaciones burguesas de propiedad y el sistema de

¹ Las 21 condiciones impuestas a China contenían la reivindicación de las tierras alemanas Shan Tung, el control de los ferrocarriles, la libertad de inversión de capitales en la industria y el empleo de japoneses en el gobierno central y la policía.

explotación capitalista, reinantes a la vez sobre el proletariado y sobre el campesinado, exigen el derrocamiento revolucionario de la clase dirigente y la instauración de la dictadura del proletariado como única vía de salvación tanto para los obreros como para los campesinos. Si, en la cresta de la ola de la revolución japonesa, el partido revolucionario de masas tratase de descubrir una solución intermedia, “democrática”, a los grandes problemas sociales, el resultado inevitable sería la desorientación y destrucción de las fuerzas revolucionarias, y el regreso al poder de la clase gobernante en bancarrota.

La casta feudal de los generales y oficiales, superficialmente unida por la monarquía, no forma un cuerpo homogéneo. Mientras que los cuadros de oficiales subalternos provienen de las poblaciones rurales, las capas más altas del campesinado, sus cúspides, se confunden con la burguesía industrial y financiera. La casta militar al completo se encarna en mantener para sí misma los privilegios tradicionales y la posición semiindependiente que ocupaba en la época feudal. Persiguiendo ese objetivo, está organizada en instituciones típicamente feudales, tales como la sociedad secreta del Dragón Negro. El esfuerzo desplegado por la casta militar para mantener intactos sus privilegios y su poder tiende a complicar el principal problema de la clase japonesa reinante, tomada en su conjunto, problema que es el de mantener el aplastante sistema de explotación actual sobre el proletariado y el campesinado con toda la opresión que lo acompaña.

Periódicamente esta casta entra en conflicto con la industria y el capital financiero que tratan de llenar la fosa cavada en la economía por las necesidades parasitarias de la casta militar. Las revueltas del ejército y el asesinato de dirigentes políticos representativos de la burguesía industrial y financiera son las expresiones más agudas de ese conflicto. En la medida en que están dirigidas por los cuadros subalternos de oficiales, esas revueltas también expresan la rebelión del campesinado contra el capital financiero. Pero, como todas las partes de la clase reinante se dan cuenta de los peligros de una desunión de clase, los conflictos finalmente se resuelven sobre la base de concesiones mutuas, sobrecargando suplementariamente las espaldas de las masas japonesas, y decidiendo de común acuerdo el envío de expediciones de pillaje militar que someten a los pueblos vecinos y consolidan, así, las fisuras que se producen en la estructura dominante de la clase gobernante tomada en su conjunto.

La crisis del desarrollo capitalista en China

China, situada geográficamente cerca de Japón, con una población de casi 435 millones de habitantes repartidos en una amplia extensión de territorios ricos en minerales y otras materias primas importantes, era el escenario natural de la expansión de Japón. Los imperialistas japoneses vieron en China la perspectiva de una “solución fundamental” a sus más apremiantes dificultades económicas. El examen de esta perspectiva dejaba entrever posibilidades de pujanza y grandeza imperiales. China fue considerada muy pronto no solamente como la solución de los problemas económicos, sino también como punto de partida para expediciones que plantarían la bandera del Sol Naciente en Siberia, al menos tan lejos como el lago Baikal, en India y Malasia, en Indonesia, en las islas Hawái y Filipinas, en las antípodas, por no decir nada de América Latina, ni de las zonas más occidentales de EEUU.

El hecho que los imperialistas japoneses no trataran antes de poner a China bajo su absoluto control por medio de una guerra se debía en gran medida al temor que le inspiraban sus todopoderosos rivales de occidente, cuyos intereses hubiera debido atacar

inevitablemente. La revolución china de 1925-1927 le dictó a Japón una política de observación y espera, tanto más cuanto que la ola antiimperialista en China durante ese período estaba dirigida únicamente contra Inglaterra. La crisis económica mundial que, sucediendo al período de reconstrucción de posguerra, golpeó al mundo capitalista, le suministró rápidamente a Japón una ocasión favorable y una incitación para la acción. Aprovechando los graves aprietos que le ocasionaron a las potencias occidentales sus propios problemas internos, los imperialistas japoneses se apoderaron de Manchuria en 1931, y en el curso del año siguiente establecieron allí su “protectorado” de Manchukuo. En 1933, se apoderaron de la provincia de Jehol, la anexaron a Manchukuo, y comenzaron entonces a establecer una base en el norte de China. Los horrores militares con los que Japón agobia actualmente a China representan una etapa ulterior de los planes japoneses de conquista colonial.

China, país atrasado, ha sido víctima de la rapacidad capitalista desde hace más de un siglo. A principios del siglo XIX, los fusiles imperialistas pusieron fin a su antigua reclusión y aislamiento e introdujeron la industria moderna y las formas capitalistas de explotación en el interior del país. Los imperialistas penetraron en China primero en tanto que comerciantes. Pero con el rápido progreso de la industria occidental y con la creciente acumulación de plusvalía, resultantes de una explotación cada vez más intensa del trabajo, solo era cuestión de tiempo que China fuera considerada no solamente como un mercado cómodo, sino también como un campo lucrativo de inversiones de capital. China, inagotable fuente de mano de obra barata, se convirtió en un campo de atracción magnética para el capital extranjero.

En una serie de guerras, en el curso de las cuales la decadente dinastía manchú se mostró completamente impotente, los poderes imperialistas sometieron al territorio chino a sus exacciones, establecieron “concesiones” en las principales ciudades chinas, y le arrancaron a China una serie de “privilegios” destinados a proteger su comercio e inversiones. Al limitar los derechos de importación chinos al 5% *ad valorem*, se aseguraron la posición competitiva de sus productos en el mercado chino. Controlando la percepción y el reparto de las rentas de aduana chinas, se aseguraron el pago de la deuda externa de China en rápido crecimiento. Estableciendo el principio de extraterritorialidad lograron dejar exentos a sus negocios del impuesto chino, y a sus negocios nacionales de la jurisdicción china. Los desiguales tratados en los que estos privilegios fueron incorporados eran el signo de la reducción de China a un estado de país semicolonial.

La penetración económica imperialista sacudió la economía semifeudal de China, que reposaba en la agricultura y el artesanado, hasta sus mismos fundamentos. Los productos baratos, fabricados por las empresas extranjeras en China y en occidente, penetraron en el país a través de los ferrocarriles construidos por los imperialistas. Los funcionarios manchúes, la parte más importante de la antigua clase dirigente, se transformaron en corredores del capital extranjero (*compradores*²).

Los “privilegios” especiales con los que los imperialistas extorsionaron a China actuaron contra el desarrollo general de una economía capitalista china independiente, y encerraron las fuerzas económicas del país en una “camisa de fuerza” política. En cualquier caso, durante la guerra mundial, tanto la industria china como la japonesa resultaron considerablemente estimuladas.

La preocupación de la mayor parte de los imperialismos occidentales, aunque entregándole las riendas a las ambiciones coloniales de Japón en China, libraban sin

² En castellano en la edición francesa. NdT.

embargo al país de una completa opresión imperialista. La industria indígena progresó rápidamente.

Durante este período, la llamada burguesía “nacional” trató de establecer sus propias bases económicas en competencia con los imperialistas e hizo su aparición. El proletariado chino, proveniente de la población empobrecida de las aldeas, acreció considerablemente sus fuerzas y, como resultado de su agrupamiento en vastas fábricas y empresas, aumentó su conciencia de clase y espíritu de lucha. Cuando el imperialismo inglés, superando su crisis de posguerra, comenzó a afirmarse nuevamente en China, se vio obligado a dirigir sus fusiles contra los trabajadores chinos en huelga. Sangrientas masacres causadas por las tropas y la policía británica en 1925-1926, en las que los trabajadores y los estudiantes, sus aliados, fueron las principales víctimas, desencadenaron una oleada antiimperialista que amenazó con engullir a toda la estructura de dominación imperialista en China. La burguesía nacional china, irritada por las humillaciones y viendo posibilidades de asestar golpes a sus principales rivales extranjeros en el terreno comercial, apoyó al movimiento antiimperialista aportando una moderada ayuda financiera a los trabajadores en huelga en las fábricas de las empresas imperialistas. Pero cuando el movimiento huelguístico se extendió, o amenazó con extenderse, a las instalaciones industriales indígenas, y cuando, además, se profundizó hasta alcanzar el carácter de una revolución social, los explotadores nacionales desvelaron su instinto de clase y se solidarizaron con los imperialistas contra los obreros.

El retraso histórico y la esclavitud de China a manos de los imperialistas privaron a la burguesía china del papel progresivo que había ejercido su predecesora europea en las revoluciones burguesas de occidente. No pudo ni establecer raíces de clase independientes en la sociedad china, ni afirmarse como una clase dominante y soberana.

Los *compradores*, agentes directos de los imperialistas, reclutados entre los nobles terratenientes, los mercaderes y la antigua burocracia manchú, fueron los primeros representantes del capitalismo chino. De las filas de estos *compradores* salió la burguesía “nacional”. Un millar de nudos de interpenetración, de interdependencia e intereses comunes, encadenaron la burguesía nacional a los *compradores*. Se asociaron para la explotación, no solamente del proletariado, sino, también, del campesinado. Desde entonces, sus intereses estuvieron estrechamente engranados con los de los explotadores de las aldeas, con los que estaban conectados a través del amplio sistema bancario del país.

En este complejo de relaciones descansa la explicación de la extrema incapacidad de la burguesía china para dirigir un combate consecuente contra el imperialismo, para edificar un estado moderno unificado y para resolver el problema agrario.

Las clases en la revolución china

La pequeña burguesía ocupa una posición intermedia entre la gran burguesía y el proletariado. Una enorme mayoría de la clase consiste en pequeños propietarios campesinos y aparceros. Además, en las ciudades se encuentra el numeroso ejército de comerciantes, artesanos manuales, representantes de las profesiones liberales (tales como profesores, doctores y abogados, funcionarios de gobierno) que, todos ellos, están sometidos a la opresión de la gran burguesía y de los imperialistas.

A causa de su posición social intermedia y dependiente, de la diversidad de su estructura, de su dispersión en vastos espacios, de su individualismo e instinto de propiedad, y de su retraso cultural, el campesinado es incapaz de desarrollar un papel político dirigente e independiente en la sociedad china, y ello a pesar de su predominancia numérica. Ni siquiera puede resolver sus problemas más urgentes, liberándose del fardo que constituye el parasitismo de los usureros y de los señores. Todavía es menos capaz de reorganizar toda la economía agraria en un nivel nuevo y más elevado, estableciendo la granja colectiva a gran escala. La degeneración y la desaparición de la supuesta república soviética china, el abandono explícito de la revolución agraria por parte de los líderes estalinistas del campesinado que han hecho enredarse a un grandioso movimiento campesino en las redes del gran terrateniente Kuomintang, constituyen una reciente demostración histórica de la debilidad política del campesinado. Como clase, el campesinado puede ser dirigido, pero él mismo no puede dirigir. En todos sus movimientos, pasa bajo la dirección, ya de la burguesía, ya del proletariado. La pequeña burguesía de las ciudades es también débil y dependiente, y no puede ejercer ningún papel político dirigente. El hundimiento de los grandes movimientos estudiantiles, dirigidos en el curso de los últimos años contra el Kuomintang y el imperialismo, ha sido el resultado directo del hecho que estos movimientos no han encontrado ninguna base sólida en un proletariado activo.

A causa del carácter reaccionario, débil y dependiente, de la burguesía, y de la debilidad política de la pequeña burguesía, las tareas nacionales o democráticas (independencia frente al imperialismo, creación de un estado unificado, revolución agraria) devienen tareas del proletariado, una clase que, única entre todas las clases de la sociedad, tiene objetivos sociales independientes y progresivos, y está desprovista de cualquier lazo de interés, tanto con los imperialistas como con los explotadores indígenas (una clase que, a pesar de su inferioridad numérica, posee una fuerza concentrada que la puede elevar a la cúspide de la sociedad). Sobre los hombros del proletariado recaen las tareas gemelas de solucionar los problemas nacionales y abrir el camino para la reconstrucción socialista de la sociedad elevándose a sí misma al estado de clase dirigente en alianza con todas las masas explotadas de las ciudades y el campo.

Cuando la ola de la revolución ascendía, en 1925-1927, la política revolucionaria reclamaba la orientación del proletariado chino por esa vía. Lo que le faltaba al proletariado en fuerza numérica se lo aportaban los campesinos y ciudadanos pobres, que representaban una poderosa reserva de fuerzas revolucionarias. La dirección progresiva del campesinado estaba asegurada por el proletariado. Ambas clases juntas representaban una fuerza invencible contra la cual todas las armas del imperialismo y de la reacción burguesa y feudal se hubieran revelado impotentes, si se le hubiese dado a esta fuerza una clara dirección revolucionaria.

Pero la dirección Stalin-Bujarin de la Internacional Comunista, girándose de espaldas a toda la experiencia revolucionaria anterior, incluida la experiencia rusa todavía fresca, recurrió en China a la política menchevique que no se había podido realizar en Rusia en 1917. Oponiendo las tareas nacionales de la revolución china a la lucha emancipadora de los trabajadores y los campesinos, separando arbitrariamente a los dos, de acuerdo a la teoría sin vida de las “etapas”, declararon que las tareas inmediatas en China eran la unificación nacional y la expulsión de los imperialistas. Además, conforme a las estrechas concepciones nacionalistas que ya dominaban la política soviética, la burocracia soviética consideraba a la burguesía china como un aliado posible contra Gran Bretaña, por entonces jefe del frente capitalista antisoviético.

Por eso Stalin y Bujarin le asignaron a la burguesía china el papel dirigente en la lucha nacional. Subordinaron al Partido Comunista Chino al Kuomintang, y al

proletariado y al campesinado a la burguesía. La fórmula política de esta subordinación era el “bloque de las cuatro clases”, en el seno del cual el proletariado y el campesinado estaban supuestamente unidos a la burguesía y a la pequeña burguesía de cara a la lucha contra el imperialismo. Los comunistas chinos recibieron la orden de Stalin y Bujarin de mantener el movimiento de huelgas y las actividades de los campesinos dentro de límites aceptables para la burguesía, con el fin de no perturbar el “frente nacional unificado”. Esta traición oportunista de la revolución se presentó como bolchevismo al proletariado chino, pleno de juventud e inexperto, y al Partido Comunista Chino, más joven y más inexperto incluso. En lo más alto de la oleada revolucionaria, la burguesía, bajo la dirección de Chiang Kai-shek, concluyó la paz con el imperialismo al precio de algunas miserables concesiones hechas a sus sentimientos nacionales, y se giró salvajemente contra los obreros y los campesinos sin desconfianza, a los que los comunistas le habían enseñado a considerar a la burguesía como su jefe y salvador. La burguesía selló su alianza con el imperialismo con la sangre de las masas insurgentes.

Sobre las ruinas de la revolución china de 1925-1927 se alzó el régimen contrarrevolucionario del Kuomintang. Los trabajadores volvieron a caer en una esclavitud intensificada por la nueva dictadura militar de Chiang Kai-shek, que inauguró un reinado del terror y barrió todas las organizaciones obreras. Las guerras entre jefes militares, prueba de la completa desunión del país, reaparecieron a una escala sin precedentes, cuando Chiang Kai-shek trató de extender su poder a través de toda China. El campesinado, bajo el flagelo de los señores, la usura y las requisiciones militares, cayó en una ruina todavía más profunda. El imperialismo, contra quien se había dirigido específicamente el “bloque de las cuatro clases”, fue capaz de fortificar todas sus posiciones de mando. Estaba expedita la vía para la posterior invasión japonesa, con su evidente amenaza contra la Unión Soviética. Tales fueron los frutos reales de la política de Stalin-Bujarin en China.

El gobierno del Kuomintang, surgido de los acontecimientos de 1925-1927, representó el triunfo de la contrarrevolución burguesa sobre el movimiento popular de masas. Chiang Kai-shek, jefe de las fuerzas militares del Kuomintang, instauró una dictadura de hierro. Al mismo tiempo que pisoteaba las últimas cenizas de la revolución, “expropiaba políticamente a la burguesía con el fin de salvarla económicamente”. Las masas pequeñoburguesas cuyo empuje constituía la fuerza del Kuomintang frente a los sátrapas regionales militares, en la cresta de la oleada revolucionaria, cayeron en la pasividad política, con excepción de una parte del campesinado estimulado por la explotación intensificada, parte que tomó el camino de la guerra civil abierta contra los antiguos y los nuevos opresores. Así, el Kuomintang devino un partido bien revivificado de la burguesía.

Los nuevos dirigentes justificaron su hipócrita represión contra las masas apelando a las doctrinas pequeñoburguesas del Sun Yat-sen, al programa del Kuomintang, especialmente a los pretendidos “principios de la democracia”, con su prescripción de una puesta bajo tutela política de las masas durante un cierto período. La dictadura militar, progresando bajo la única dirección del Kuomintang, siendo ahogadas el resto de tendencias políticas, fue presentada como una preparación de las masas para un gobierno “democrático”. Pero hoy la democracia no está más cerca de su realización que hace once años. Este hecho constituye la prueba viviente de que entre la dictadura militar del Kuomintang y la realización de la dictadura del proletariado no puede haber ninguna “etapa” democrática, intermedia y transitoria. Quienes, como los estalinistas, pretenden que tal etapa es posible (e incluso inevitable) engañan y desorientan a las masas, y preparan así la traición y la derrota de la revolución china.

Los sóviets chinos de 1930 a 1937

Los comunistas chinos pasaron de la fatal política oportunista que siguieron en 1925-1927, durante el curso de la oleada revolucionaria ascendente, al aventurerismo, su extremo opuesto, en el período de la contrarrevolución. Tras los levantamientos poco importantes, precipitados y desastrosos, que fracasaron durante el trágico putsch de Cantón, y que los alejó de su base, es decir, de la clase obrera, los comunistas trasladaron nuevamente su actividad al interior del país, al campo. Abandonando al proletariado abatido en las ciudades, encabezaron los ejércitos campesinos que surgieron a consecuencia de las revueltas agrarias durante el flujo de la marea revolucionaria, dotándose del objetivo del establecimiento de una “dictadura democrática del proletariado y el campesinado”, precisamente, esa etapa democrática intermedia que, para China y cualquier país colonial, está históricamente excluida.

Aunque adelantándose bajo el grito de guerra de los sóviets que los comunistas habían rechazado en la cresta de la oleada de la revolución, pero que, más tarde, debía ser santificado por la política del “Tercer Período”, la guerra campesina no logró despertar ningún eco entre los obreros. Doblegados bajo la dictadura militar de Chiang Kai-shek y bajo una crisis económica devastadora, desorganizados ulteriormente por la táctica comunista de los “sindicatos rojos”, reducidos a la pasividad porque los comunistas se negaron a desarrollar un programa de reivindicaciones democráticas correspondiente a las necesidades vitales en la nueva etapa contrarrevolucionaria, los obreros abandonaron la vida política. Chiang Kai-shek, no encontrando oposición por parte del proletariado, fue finalmente capaz de aplastar, a fines de 1934, a los sóviets campesinos aislados, a pesar de las numerosas y heroicas batallas libradas por los ejércitos rojos campesinos.

La invasión japonesa de Manchuria en 1931 encontró al gobierno del Kuomintang llevando adelante una guerra de exterminio contra los campesinos insurgentes y, al mismo tiempo, reforzando su dictadura reaccionaria sobre los obreros. Anunciando una política de “no resistencia” al imperialismo japonés, Chiang Kai-shek proclamó como su tarea suprema la supresión definitiva del movimiento campesino insurreccional, indicando con ello el establecimiento del poder personal de Chiang sobre el de sus adversarios provinciales. El reverso de la medalla de la “no resistencia” fue una vigorosa manifestación del movimiento antijaponés en ascenso, que revelaba nuevamente la fundamental unidad de intereses entre los imperialistas y la burguesía nacional. La política de la “no resistencia” del Kuomintang facilitó la invasión de China por los japoneses. Los imperialistas, por su parte, fueron más que generosos ayudando al Kuomintang a aplastar a los campesinos y a mantener al movimiento obrero en un estado de postración.

Al mismo tiempo que mantenía a las masas oprimidas y retrocedía paso a paso frente a los invasores japoneses, el Kuomintang se acercaba a los ingleses y a los norteamericanos con la esperanza de que estos últimos, temiendo por sus propios intereses en China, se vieran obligados a detener la marcha adelante de Japón. Tenía también la esperanza que China tuviese un instante para respirar, gracias a las relaciones cada vez más tensas entre Japón y la URSS.

Pero los estragos de la crisis económica mundial que coincidían con el empuje colonial japonés, junto con su propia insuficiencia militar, animaron a Inglaterra y Norteamérica a adoptar una política expectante en el Extremo Oriente, incitando al mismo tiempo al Kuomintang a resistir a Japón todo lo que se atreviese. La burocracia estalinista, temporalmente casada con la política de *statu quo*, estaba presta para hacer numerosas concesiones a Japón, de forma que pudiese asegurarse la continuidad de la

construcción del “socialismo” dentro de las fronteras de la URSS. El agravamiento de las dificultades internas y la inmovilidad de sus principales rivales empujaron a Japón a emprender campañas de creciente envergadura en 1937, en vistas a conquistar China del Norte y atacar la cuenca del Yangtsé. El Kuomintang se encontró frente a la alternativa de abdicar frente a Japón o resistir con la ayuda material que pudiese asegurarse en el extranjero. Difiriendo de las primeras expediciones japonesas, la más reciente campaña hizo temblar al régimen del Kuomintang en su propia fortaleza, y a la burguesía en el corazón mismo de su lucro y poder, mostrando claramente que los límites de la política de la “no resistencia” ya habían sido alcanzados.

El Kuomintang se decidió a emprender una campaña militar puramente defensiva contra Japón, lo que era muy diferente a la lucha efectiva de principios contra el imperialismo en general a favor de la independencia nacional de China. Intervinieron otros factores en la decisión de resistir que tomó el Kuomintang. Apoyado por la ayuda financiera inglesa y norteamericana, y por una coyuntura económica en ascenso, entusiasmado también por sus victorias sobre los sóviets chinos, el régimen había crecido, más sólido y seguro de sí mismo. Además, la política de la “no resistencia”, junto al crecimiento del sentimiento antijaponés a través de todo el país, era cada vez más explotada contra Chiang Kai-shek por sus rivales en las provincias, y con un éxito creciente.

La guerra de conquista japonesa y los imperialismos

La más reciente fase del empuje colonial japonés ha coincidido con la degeneración final de la Internacional Comunista. De instrumentos de la lucha de clases revolucionaria, los partidos comunistas se han transformado en instrumentos de la diplomacia estalinista. Buscando aliados entre los poderes democráticos capitalistas, contra la creciente amenaza de guerra, la burocracia estalinista les ha ordenado a esos partidos que abandonen su programa revolucionario y apoyen a la burguesía de sus países. Al igual que Stalin necesitaba a las democracias burguesas de occidente como aliadas contra la Alemania de Hitler, en Extremo Oriente, de acuerdo con su orientación anglo-franco-norteamericana, el Partido Comunista Chino buscó una vez más una alianza con el Kuomintang burgués, esta vez contra el Japón imperialista. Lo que quedaba del Partido Comunista Chino tras la brutal liquidación de los sóviets campesinos por parte de Chiang Kai-shek, ha abandonado públicamente los últimos vestigios de política revolucionaria, con el fin de entrar en el “frente popular antijaponés” junto al verdugo de la revolución china. Los estalinistas chinos han liquidado formalmente la China soviética, entregándole a Chiang Kai-shek los restos de los ejércitos rojos campesinos, renunciando abiertamente a la lucha campesina, abandonando explícitamente los intereses de clase de los trabajadores. Abrazando públicamente las doctrinas pequeñoburguesas del Sun Yat-sen, se han proclamado los gendarmes de la propiedad privada burguesa, y, en conformidad con la práctica estalinista universal, son los enemigos de la revolución.

Apoyar la lucha de China contra Japón es el imperioso deber del proletariado internacional y, por encima de todo, de la vanguardia revolucionaria. El crimen de los estalinistas no consiste en la ayuda y la participación en la lucha de China, incluso bajo la dirección del Kuomintang, sino en el abandono de la lucha de clases, en el abandono de los intereses de las masas explotadas, en la capitulación política frente al

Kuomintang, en la renuncia al derecho de movilización independiente de las masas contra el invasor japonés, en la renuncia a la crítica revolucionaria de la dirección de la guerra por el Kuomintang, en reforzar la dictadura de Chiang Kai-shek, en apoyar y difundir las ilusiones de que el Kuomintang y la burguesía nacional pueden dirigir la guerra de una manera eficaz y hacia un final victorioso.

A causa de estas acciones traidoras, descarrían, embrollan y desorientan a las masas chinas, e impiden una movilización revolucionaria. En el resto de países, los estalinistas, impotentes para arrastrar a los trabajadores a solidarizarse con la causa de China, lanzan vanos llamamientos a los gobiernos imperialistas, “democráticos”, “pacíficos”, con el fin de salvar a China de Japón. No fundamentan esos llamamientos en una base revolucionaria (no hay ninguna), sino en la propia necesidad de los imperialistas de preservar sus intereses de piratas en China y en el Extremo Oriente. Hostigan a los trabajadores para que ayuden a su propio gobierno imperialista en una acción de “seguridad colectiva” contra Japón (que no es en realidad más que la acción de una pandilla de bandidos contra otra). Así, los estalinistas, siguiendo los pasos de la derrota política de la II Internacional, se perfilan como los traidores socialpatriotas de la clase obrera y de los oprimidos en general no solamente en los países “democráticos” de occidente, sino también en oriente.

El imperialismo inglés, con sus vastos intereses comerciales y la apuesta de una inversión en China de diez mil millones de dólares, se conmueve cada vez más con los progresos de Japón. Sin embargo, el golpe que amenaza alcanzar sus intereses chinos únicamente constituye un solo aspecto de la ansiedad que lo oprime a causa de su imperio, cuando ve aproximarse la lucha por un nuevo reparto del mundo, del que el ataque de los japoneses a China, siguiendo a la conquista de Etiopía por Italia y a la intervención germano-italiana en España, únicamente es el comienzo.

Mientras persigue una estrategia temporal destinada a retardar el inevitable desenlace, Inglaterra se afana desesperadamente en la construcción de una maquinaria de guerra propia para defender sus posesiones dispersas. Incapaz por el momento de provocar a Japón por las armas (particularmente a causa de sus dificultades mediterráneas), Inglaterra trata de bloquear a Japón acumulando todos los obstáculos posibles en el camino de este país, en particular suministrando una ayuda material cada vez mayor al régimen del Kuomintang y manteniendo paralelamente una acción diplomática con EEUU, con el objeto de espantar a los imperialistas japoneses con el espectro de un bloque anglo-norteamericano.

Inglaterra estima que Japón terminará agotándose en el transcurso de una larga guerra de usura con China. También cuenta con la posibilidad de un conflicto entre Japón y la URSS que contendría, así, la amenaza japonesa suspendida sobre las posesiones y los intereses británicos en Extremo Oriente. Una esperanza similar anima a los imperialistas ingleses cuando consideran el bloque ítalo-germano-nipón como un todo que, por el momento, es el principal instigador de los intereses mundiales de Inglaterra. Mientras espera, temiendo que las revueltas de sus millones de esclavos coloniales creen un peligro en la retaguardia durante la guerra que se aproxima, el imperialismo inglés compra a la burguesía nacional de sus colonias (constitución hindú, tratado angloegipcio), para asegurarse su fidelidad. Los dominios de Canadá, Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda, ocupados en el desarrollo de su propia economía, han adquirido intereses separados y contradictorios a los intereses del imperio británico tomado como un todo. Estos intereses representan una fuerza centrífuga en el mismo interior del imperio. En particular, Australia y Nueva Zelanda, dada su proximidad geográfica con el Extremo Oriente, reclaman la libertad de mantenerse apartadas de las luchas del imperio contra Japón si tal solución podía aparecer ventajosa.

Canadá está en una posición similar frente a Estados Unidos. Inglaterra trata de frenar estos factores desintegradores del imperio con la ayuda de medios tales como ventajas comerciales (convención de Ottawa) y conferencias imperiales periódicas que están destinadas a reforzar los lazos entre los dominios, por un lado, y la metrópoli, por otro. En la lucha actual del Extremo Oriente, el imperialismo inglés se inquieta por el destino de China sólo porque el destino de China afecta a sus propios intereses.

El imperialismo norteamericano, aunque poseyendo actualmente en China intereses menores en cantidad y en importancia que Gran Bretaña, está alarmado frente a la perspectiva de una dominación japonesa en el Pacífico. Repetidas crisis de la economía norteamericana, sucediéndose a cortos intervalos, advierten que, si el capitalismo norteamericano debe sobrevivir y crecer, debe ejercer pronto un papel preponderante, no sólo en el Pacífico, sino también en toda la arena mundial.

El discurso de Roosevelt en Chicago, en octubre de 1937, dirigido contra las potencias “agresivas”, ofreció la clave de la futura política del imperialismo norteamericano. Incapaz por el momento de provocar a Japón, el gobierno de Washington anda con rodeos a través de caminos diplomáticos tales como la conferencia de Bruselas. Semejantes empresas, ostensiblemente desinteresadas, son muy útiles para sembrar ilusiones pacifistas y, con ello, preparar a los trabajadores norteamericanos a batirse por los intereses del capitalismo norteamericano en las guerras venideras.

Al mismo tiempo, otorgándole una aparente independencia a Filipinas para poner de su lado a la burguesía de ese país, el gobierno de Washington construye un ejército, una flota y una aviación poderosos, y consolida su imperio en las Américas mediante la Unión Panamericana, paso preliminar a la provocación de todos sus rivales en una supremacía mundial. Mientras consideran inevitable la guerra contra Japón, los imperialistas norteamericanos esperan adentrarse en una guerra así lo más tarde posible, estimando que Inglaterra se verá arrastrada a la guerra contra Japón y que estos dos países saldrán agotados de la lucha.

Durante algún tiempo, los imperialistas norteamericanos han contado con la perspectiva que una guerra ruso-japonesa destruiría a su rival en el Pacífico, pero la crisis interna que ha arrasado a la Unión Soviética, y puesto en evidencia la completa inestabilidad del régimen de Stalin, hace que esta perspectiva sea dejada cada vez más en un segundo plano. En sus esfuerzos por enmascarar sus planes belicosos, los imperialistas norteamericanos reciben la ayuda ilimitada de los estalinistas que, paralelamente a sus compadres chinos, proclaman el papel “pacífico” del imperialismo norteamericano, y llaman al gobierno de Washington a salvar a China de las garras de Japón, y ofrecen sus servicios como sargentos reclutadores de guerra.

Francia, con un vasto imperio de esclavos coloniales, está interesada en el mantenimiento del *statu quo* en Europa, África y Extremo Oriente. Los intereses franceses en China, aunque más reducidos y menos extensos, son análogos a los de Gran Bretaña. Como están concentrados en Indochina, no entran en la órbita de las ambiciones japonesas inmediatas. Por lo tanto, la política francesa de conciliación diplomática hacia Japón marcha de la par con la ayuda material subrepticia aportada a China, siguiendo en todos los casos el ejemplo de Gran Bretaña. Esta política encuentra su contrapartida en la más cruel explotación y la más cruel opresión de las masas de Indochina (como en todas las otras colonias del imperialismo francés) y en una campaña de violentas persecuciones contra los revolucionarios de esos territorios.

Como socios o apoyos del gobierno imperialista francés del Frente Popular actualmente difunto, los estalinistas y los “socialistas” de la II Internacional cargan con

una gran parte de la responsabilidad por todos los bestiales crímenes cometidos por el imperialismo francés en las colonias.

Los estados fascistas europeos, contrariamente a Gran Bretaña, EEUU y Francia, no tienen más que una pequeña implicación económica en China. Su intervención diplomática en la lucha chino-japonesa está destinada principalmente a explotar los antagonismos imperialistas en Extremo Oriente para hacer progresar sus objetivos fundamentales en Europa. Además, Hitler está a favor de maniobrar con el fin de recobrar las antiguas posesiones coloniales de Alemania, conquistadas actualmente por Japón. Pero no desea oponerse a Japón, que le es necesario en tanto que aliado contra la URSS, por lo que se reprime en la proclamación de sus reclamaciones coloniales. La Italia fascista se esfuerza en hacer entrar a Japón en su juego contra Gran Bretaña, en interés de las ambiciones italianas en el Mediterráneo. Alemania e Italia juntas tratan de hacer entrar a Japón en su juego contra Gran Bretaña y Francia, lo que constituye una de sus maniobras con el objetivo del alineamiento de los campos durante el curso de la próxima guerra mundial. Japón, por otro lado, flirtea con el eje Roma-Berlín para chantajear a Gran Bretaña y Francia y asegurar un frente contra la URSS en occidente.

El papel de la URSS

La URSS, en tanto que estado obrero, no tiene ningún interés u objetivo imperialista en China. Por el contrario, entra dentro de los intereses de la URSS ayudar a aplastar al imperialismo en todas sus fortalezas coloniales y semicoloniales, suministrándoles a los pueblos oprimidos la ayuda más completa posible en su lucha contra el imperialismo. En 1927, cuando el oportunismo estalinista condujo a la ruina a la gran revolución china, cayó una poderosa muralla defensiva de la URSS, muralla defensiva no solamente frente al Japón imperialista, sino, también, contra el frente mundial del imperialismo entero.

Cuando Japón conquistó Manchuria, Stalin no tuvo otra alternativa que abandonarle a Japón el ferrocarril chino oriental, la única base estratégica de la URSS en Extremo Oriente, y comenzar una continua retirada frente al imperialismo japonés. Paralelamente, la política estalinista en Alemania facilitó el triunfo de Hitler y acrecentó la amenaza de guerra en la frontera occidental de la URSS. En el mismo interior de la URSS, el sistema de absolutismo burocrático engendró una crisis profunda que, resquebrajando las bases mismas del estado obrero, ha paralizado la política exterior soviética y la ha privado de todo carácter independiente. Temiendo chocar con el peligro fascista en Europa, y para contrarrestarlo, Stalin ha entregado la independencia y la política revolucionaria de los partidos comunistas a cambio de pactos con los estados burgueses “democráticos”.

Tratando de oponer China a Japón (no con el interés de liberar a China del imperialismo, sino únicamente para retardar el ataque del imperialismo japonés contra la URSS), le ha entregado al Kuomintang lo que quedaba del partido comunista en China y de los ejércitos rojos campesinos. La política soviética en China viene dictada exclusivamente por los intereses conservadores y reaccionarios de la burocracia soviética, y está desprovista de toda base principista revolucionaria. Al alinearse con el Kuomintang y las potencias imperialistas “democráticas”, Stalin no vacila en convertirse en el cómplice del imperialismo contra las premisas nuevas de la revolución china.

Entra dentro de los intereses de la burocracia soviética que la guerra entre China y Japón pueda prolongarse, sobre todo frente a la amenaza no disimulada de un ataque

del imperialismo japonés a la URSS tan pronto como alcance sus objetivos en China, y frente al peligro de que una China vencida pueda devenir, incluso únicamente de forma pasiva, aliada de Japón y de los estados fascistas europeos contra la URSS. Por estos motivos, después de haber dejado correr cuatro preciosos meses, el gobierno estalinista ha comenzado a intensificar su ayuda material a China, no sobre la base de principios de ayuda a un país oprimido contra el opresor imperialista (tales motivaciones revolucionarias hace tiempo que han dejado de ser la estrella guía del gobierno estalinista), sino únicamente a causa de una necesidad estratégica militar.

Con el fin de acelerar la intensificación de esa ayuda, el gobierno del Kuomintang se ha comprometido con Moscú en un pacto de no agresión, después de haberse negado a firmarlo durante cuatro años. Este plazo indicaba que el Kuomintang era capaz de llegar a un acuerdo pacífico con Japón. La ayuda material aportada por los soviets se le ha enviado en su mayor parte al Kuomintang, y no al antiguo ejército rojo. Además, la ayuda solo comenzó en el momento en que los humores capituladores del partido de la burguesía china ya habían comenzado a debilitar la campaña defensiva contra Japón. Precisamente la falta de toda base revolucionaria de principios de la política soviética es lo que le ha quitado eficacia a esta ayuda a la lucha china. Cuantitativamente, esta ayuda está seriamente limitada por la aguda crisis interna que la burocracia ha generado en la Unión Soviética, por la dependencia estalinista respecto del imperialismo anglofrancés en todas las esferas de la política exterior, y por la necesidad que experimenta Stalin de evitar cualquier complicación militar prematura con Japón.

La defensa de China contra Japón

Llevado contra sus sentimientos de resistir a Japón, el Kuomintang se ha confinado exclusivamente en una campaña de defensa militar que, siendo completamente ineficaz, ha llevado al sacrificio gratuito de fuerzas humanas. Desde el comienzo mismo de la lucha, al negarse a abrogar los privilegios imperialistas de Japón en China, el Kuomintang dejó las puertas abiertas a las negociaciones con el enemigo. Obligado a restituirle alguna parte de libertad a las masas, al mismo tiempo, ha suprimido y enterrado a las organizaciones populares que no podía ni contener ni controlar.

La vanguardia revolucionaria de las masas chinas, la organización de la IV Internacional, se ve forzada a vivir en la ilegalidad. Todos los opositores políticos al régimen del Kuomintang, incluidos los heroicos combatientes de la independencia china, son estigmatizados con el nombre de traidores y tratados como tales. Temiendo compensar las deficiencias de la defensa de China armando a las masas, y uniéndolas en la escala más amplia para participar del combate, el Kuomintang da a conocer su buena voluntad de tratar con Japón por intermedio de “potencias amigas”.

La especulación desenfadada, la corrupción y la traición franquian los círculos del gobierno y penetran en el ejército. Los fardos de la guerra pesan sobre las espaldas de las masas, mientras que las fortunas de la burguesía se dejan intactas. Frente a todos los crímenes del Kuomintang y de la clase dirigente, los estalinistas, que han renunciado a su independencia política y a su programa revolucionario, guardan un silencio vergonzoso. Con ello devienen cómplices de esos crímenes y de la traición que el Kuomintang está a punto de cometer. Arrestando a los revolucionarios chinos, los estalinistas, como en España y en la Unión Soviética, permanecen en el furgón de la reacción.

El curso de la guerra chino-japonesa ha demostrado que un país atrasado, semicolonial, dotado de una débil industria, pobre en armamento pesado, manteniéndose durante mucho tiempo únicamente en una guerra de defensa militar, no es capaz de prevalecer sobre un adversario mucho más poderoso. Las deficiencias técnicas de la defensa de China solo pueden compensarse mediante el desencadenamiento de una campaña política de envergadura, que, combinada con las operaciones militares, arrastre a la lucha a las masas de millones de seres, quiebre la fuerza de los invasores, atice las cenizas de la revolución en el país enemigo e incite a la clase obrera internacional a actos de solidaridad internacional.

Pero las masas solo pueden ser arrastradas a la lucha sobre la base de un programa revolucionario que se corresponda con sus necesidades más urgentes. Las fuerzas de invasión únicamente pueden ser quebradas gracias a llamamientos revolucionarios. Solamente el ejemplo revolucionario puede provocar la revolución en el país enemigo. Los llamamientos a la solidaridad de la clase obrera internacional solo pueden ser efectivos sobre una base revolucionaria. Una acción en este sentido no puede ser llevada adelante por el gobierno burgués de los explotadores, que teme más a las masas y a la revolución que a los imperialistas. Por ello mismo, y a pesar de los heroicos sacrificios de los soldados chinos, la guerra de China ha evidenciado en su primera etapa bajo la dirección del Kuomintang, una derrota y una impotencia lastimosas.

Las masas chinas no han sido capaces todavía de intervenir en los combates militares por medio de sus propias organizaciones independientes. Por el contrario, han sido obligadas a ser espectadores más o menos pasivos y víctimas de los acontecimientos. Aplastados durante años por la dictadura militar del Kuomintang y la crisis económica, los obreros han iniciado finalmente su actividad sobre la base del nuevo giro de la coyuntura en 1935-1936.

La guerra, entrañando la destrucción material de casi toda la industria concentrada en Shanghái y la ocupación militar japonesa en los grandes centros de China del Norte, ha bloqueado el proceso de renovación económica y contrarrestado toda reviviscencia ininterrumpida del movimiento obrero. Añadido a esto, la traición del partido comunista coronando el desarrollo de años de oportunismo y aventurerismo, ha profundizado la confusión y desorientación de las masas. Se necesitará un nuevo giro de los acontecimientos que permita que un nuevo partido revolucionario pueda formarse sobre las bases establecidas por los bolchevique-leninistas de la IV Internacional antes que las masas chinas sean capaces de adentrarse en la vía revolucionaria.

Por la revolución japonesa

A pesar de la bancarrota del régimen del Kuomintang y el retraso de la acción independiente de las masas chinas en la guerra, los imperialistas japoneses se dan cuenta de la imposibilidad de conquistar China. Gran Bretaña, en el inicio del capitalismo mundial, podía construir un imperio de miles de esclavos coloniales en Asia y en África apoyándose en una poderosa base económica interna. Hoy en día, los imperialistas británicos chocan con la decadencia de este imperio. Japón, en la época de la decadencia del capitalismo, partiendo de una base económica débil, es históricamente incapaz de culminar el destino imperial con el que sueñan las clases dirigentes.

Bajo la imponente fachada del imperialismo japonés dormitan debilidades orgánicas fundamentales que ya se han visto agravadas por la conquista militar de Manchuria. Los recursos del capitalismo japonés son insuficientes para edificar el

imperio. La construcción económica del país se ha visto tensada hasta al punto de quebrarse por las nuevas campañas militares. El capitalismo japonés sobrevive gracias a la más intensa explotación del proletariado, mientras que los campesinos, que forman la mayoría de la población de Japón, se ven amenazados por un empobrecimiento y miseria crecientes. Las cargas para el proletariado y los campesinos aumentan de manera insoportable por la guerra. Más de treinta millones de chinos en Manchuria esperan el momento oportuno para liberarse del yugo japonés. Veintiún millones de coreanos y cinco millones de formoseños luchan para liberarse de Japón. Todos estos factores constituyen el Talón de Aquiles del imperialismo japonés y lo condenan a la destrucción.

Victorias militares como las que el ejército japonés es capaz de obtener en China solamente tienen una importancia episódica. Los primeros reveses serios, que son inevitables si la guerra se prolonga, se convertirán en el punto de partida de explosiones políticas y sociales en Japón y en los territorios de Manchuria, Corea y Formosa. Haciendo abstracción del resultado inmediato de la guerra en China, el imperialismo japonés está condenado. La maquinaria militar del imperialismo japonés jamás fue arrojada contra el poder de la clase dominante. Debilitado por lo que serán victorias pírricas en China, el imperialismo japonés marchará a la derrota en la próxima guerra mundial si la revolución proletaria no pone fin rápidamente a su carrera. En el fondo, la causa de la revolución en Extremo Oriente progresará en la medida en que las masas de China, Japón y de las colonias japonesas logren impedir que la clase dirigente haga pesar sobre sus espaldas el fardo de las actuales campañas militares.

Incluso si las victorias militares de Japón, durante las presentes campañas, conducen a la caída del régimen del Kuomintang, esto no significará el fin de la resistencia china a Japón, sino únicamente el fin de una sola fase de la lucha. En la nueva fase, la política projaponesa de los sucesores del Kuomintang, combinada con la opresión intolerable de los imperialistas japoneses, engendrará inevitablemente una guerra civil larga y salvaje que, dirigida a la vez contra los imperialistas japoneses y el gobierno burgués chino, tomará ciertamente el carácter de una revolución social. Habiendo descubierto, gracias a la experiencia, la bancarrota aguda e impotente del Kuomintang, de la burguesía nacional y de sus aliados estalinistas, las masas chinas se inclinarán cada vez más a contar con sus propias organizaciones y con sus propias armas. Considerarán a los bolchevique-leninistas como sus jefes y se alinearán bajo la bandera revolucionaria de la IV Internacional.

La recuperación del movimiento revolucionario en China favorecerá el renacimiento del movimiento de liberación en Manchuria, Corea y Formosa. En Japón, la tensión social se verá exacerbada hasta crear una situación revolucionaria. El parentesco recíproco de estos desarrollos suministrará las premisas objetivas para la revolución nacional y proletaria en China y para la revolución proletaria en Japón. La tarea de los revolucionarios es prepararse para estos acontecimientos. En China en particular, los bolchevique-leninistas deben participar en la lucha antijaponesa y, al mismo tiempo, difundir las consignas que se correspondan con las necesidades de la lucha, haciendo suyos los intereses de las masas en cada etapa nueva. Gracias a ello, ganarán la confianza de las masas y serán capaces de movilizarlas en sus propias organizaciones independientes para la acción revolucionaria.

Las perspectivas esbozadas más arriba colocan a los trabajadores de todos los países, y en particular a la vanguardia revolucionaria, ante la obligación de ayudar a la lucha de China contra Japón en todas las formas posibles. La derrota del imperialismo

japonés no solamente abrirá el camino de la revolución en China y en Japón, sino que, además, favorecerá nuevas oleadas de revueltas en todas las colonias de las potencias imperialistas. Además, suprimirá una grave amenaza contra la Unión Soviética y estimulará al proletariado soviético contra el régimen contrarrevolucionario de Stalin. Sin embargo, un apoyo revolucionario a la lucha de China no significa que los revolucionarios deban ofrecerle una cobertura al derrotado régimen del Kuomintang y a la burguesía china. Tampoco significa hacer un llamamiento a los gobiernos “democráticos” imperialistas para que intervengan contra Japón y salven a China, ni prestarle ayuda a esos gobiernos si intervienen contra Japón. Esa es la línea de conducta de los traidores estalinistas.

Los imperialistas de occidente únicamente intervendrán contra Japón para preservar sus propios intereses de piratas en el Extremo Oriente. Si el imperialismo japonés resulta vencido en China por sus rivales imperialistas, y no por las masas revolucionarias, esto significará la esclavización de China por el capital anglonorteamericano. La liberación nacional de China y la emancipación de las masas chinas de toda explotación solamente pueden llevarse a cabo por las mismas masas chinas, aliadas con el proletariado y los oprimidos del mundo entero.

La campaña revolucionaria internacional a favor de la ayuda a China debe efectuarse bajo el signo del ajuste de cuentas de los obreros contra Japón, y encontrar su plena expresión en la propulsión de la lucha de clases y la revolución proletaria.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es